

R. Herrera Guillén, *Ser Perseguido. Resistencia al poder en Maimónides*, Madrid, Tecnos, 2021, 203 pp.

Maimónides tuvo una biografía realmente compleja marcada por la persecución. De hecho, se vio obligado, por su condición de judío sefardí, a terminar su existencia en el Cairo debido al estricto dogmatismo almohade. La problemática en la que se vio envuelto, más que de tono religioso, que también, resultó enlazada con lo político, pues este ámbito de lo social tornó en un peligro evidente para pueblos e individuos. La península Ibérica fue durante el siglo XII el hontanar intelectual en el que se mezclaban las tres culturas desde una perspectiva religiosa y filosófica. No obstante, la exaltación del dogmatismo espiritual, en fusión con la aspiración al poder, generó un erial que afectaría a todo intelectual comprometido. Uno de los ejemplos señeros lo encontramos en la figura del cordobés. El *Rambam* se enfrentó a los falsos profetas aliados a una teología adversa al pensamiento y este compromiso provocaría el hostigamiento filosófico e inmaterial espoleado por sus rivales, aunque también por amigos y aliados. El miedo es uno de los mayores motores para la represión y la búsqueda de la supervivencia. Su obra e historia personal se convierten en uno de los mayores ejemplos del erudito envuelto en la defensa de la verdad. Algo que para este autor implicaba el conocimiento y análisis de las limitaciones e imposibilidades de una filosofía cuya deriva se dirigía al de mera ancila del nudo poder.

Las categorías de amigo-enemigo, empleadas en el análisis de lo político desde una perspectiva filosófica, son rebasadas por el trabajo de Rafael Herrera. En su análisis defiende el empleo de las nociones de perseguido y perseguidor, pues, en su opinión, la antítesis establecida entre la amistad y la enemistad no tiene la fuerza imprescindible para el examen acometido en *Ser perseguido. Resistencia al poder en Maimónides*. El motivo no es otro que la falta de profundidad derivada del enfrentamiento entre los conceptos de amigo-enemigo, pues mediante el citado trabajo pretende ahondar en la reflexión del cordobés en un contexto más amplio y complejo como el que le tocó vivir. Con todo, Herrera Guillén no procura rebasar la categorización clásica de la filosofía política moderna, sino ignorarla para de este modo ampliar la cavilación sobre la filosofía del judío en un marco más amplio y coherente con la reflexión analizada. El perseguido es analizado desde una doble perspectiva: la de la filosofía y la del judaísmo dado que nuestro autor entiende que estos elementos en maridaje permiten la meditación sobre el objeto de estudio. En su estudio establece una distinción entre la población y el pensador perseguidos, pues en ambas dimensiones establece los pilares de su trabajo intelectual.

El perseguido no es precisamente una víctima debido a que el perseguidor pretende un exterminio total que afectaría a todos los ámbitos; se busca su supresión desde un punto de vista físico, moral y espiritual. Los instrumentos para lograr este fin se originan en el reduccionismo y la simplificación; la intelección queda suprimida por resultar vano el intento de contraste crítico y dialéctico frente a poderes de esta naturaleza. La verdad se convierte, por medio del empleo de la fuerza, en patrimonio del perseguidor que se instala, en oposición a la imprescindible disconformidad reflexiva, en la beligerancia y la agresividad debido a su incapacidad para el desarrollo de una propuesta reflexiva en contraste. Durante el periodo andalusí de Maimónides la teología musulmana llegaría para opacar la exégesis crítica orientada a los textos sagrados. De este modo, y en antítesis a la auténtica intelectualidad sabedora de las complicaciones para afrontar la divinidad, se enmarca el pensamiento bajo el signo del decisionismo político que dejaría yermo el terreno reflexivo de Al-Ándalus.

Para Maimónides el punto de partida de esta equivocación se localiza en el listado enumerado por Alejandro de Afrodisias: la vanidad, la complicación del objeto de estudio y el oscurantismo en relación a los propios límites intelectivos. Como elemento agregado, incluye la educación o la costumbre como componente fundamental para explicar el ataque al razonamiento. En este sentido, los maestros del yerro son aquellos con la pretensión de forzar la realidad para conseguir el respaldo a sus creencias. Por contra, el auténtico sabio es aquel que establece un límite ante la razón con aspiraciones totalitarias y marca de manera clara y diáfana los confines absolutos de su propia capacidad. Se erige, como describe Herrera Guillén, un auténtico *katechon* para limitar el mensaje vacío de los falsos profetas o sabios apócrifos. El verdadero filósofo, por el contrario, resulta impermeable a un mensaje fraudulento que solo afecta al ignorante, al inexperto o al educado en el error.

La disidencia nace de la sabiduría enfrentada al poder absoluto de lo político emanado de una elucidación imaginaria sobre la realidad. El objetivo del perseguidor es la anulación completa de esta voz, El estrangulamiento de una opción que reconoce el error y la duda como componentes integrados en la auténtica reflexión. Para el *Ramban* el problema es representado por la teología en oposición violenta con la filosofía y la razón. Para el perseguidor la filosofía se establece como un derivado de la sabiduría en el que se entremezclan el sentido alegórico y figurado de la Escritura, de la Ley. En este punto, la apariencia y lo

real se entremezclan para la institución de un sistema de creencias que señala de manera directa al intelectual. Esta deriva conduce de manera irremisible al decisionismo teológico que consiente con el desarrollo de un poder temporal instrumentalizado para la persecución, por medios agresivos, de la sabiduría crítica. Se funda, de esta manera, el germen totalitario.

De este pedregal intelectual no puede nacer más que un posicionamiento misológico absolutamente hostil para la actividad filosófica. El filósofo torna trofeo para el poder espoleado por el falso profeta disfrazado de sabio entregado a la imposición política y religiosa. Aquí emerge el intelectual reaccionario refractario a la verdad y dispuesto a quebrantar todo principio intelectual. En este punto, el poder hace uso de la teología para desarticular cualquier posibilidad reflexiva y filosófica de acceso a la verdad. Se extiende de esta manera la emanación antifilosófica en contraposición a la indagación intelectual característica del universo griego. La herencia griega

quedaría de este modo prácticamente anulada debido a este ataque.

El verdadero intelectual es aquel que se resiste a las prescripciones y el decisionismo. La responsabilidad para con la filosofía se produce a partir de esta disposición rebelde en la que confluyen pensadores como Unamuno o Edward Said. El perseguido no solo tiene la ocasión de convertirse en víctima, también puede desplegar la tenacidad frente al poder en apariencia ilimitado desarrollado desde lo político. Así, se señalan los lindes inquebrantables de la autonomía idiosincrásica de la reflexión. Aunque, como bien dice Maimónides, sin cometer la sinrazón de caer en el martirio. Puede asumirse la obra de Rafael Herrera como fundamental para entender los convulsos tiempos en los que estamos insertos partiendo de la indagación en el pasado.

Ignacio Valdés López